

Virginia

POR PORFIRIO HERNÁNDEZ

Me siento frente a la computadora para escribirte una carta. Qué vano intento éste de decirte algo, de expresar aquello que no supe o no quise expresar cuando te tenía cerca. El gran Héctor Lavoe decía en sus descargas que “si no me quieres dímelo ahora, cuando esté muerto no vengas a mi tumba a llorar”.

Desde luego que eres querida, querida Virginia, tan querida que aun cuando no nos frecuentáramos como amigos que somos, siempre has sido para mí esa presencia que me honra conocer y admirar. Tu profesión editorial me dio luz y aliento cuando comenzaba a vivir la lectura desde adentro.

Pero qué he decirte a ti de creación, si la primera imagen que te guardo es la de Celia en la *Crónica de un desayuno* del maese Jesús González Dávila. Eras plena. Hacías teatro, fuiste parte de una generación fundadora del teatro universitario. Una vena que todos admiramos de ti. Una actriz de primera.

Cuando te escuché en radio fue distinto. Eras la seducción de una bailarina larga y profunda puesta en el reparto de una emoción tras otra cuando leías poesía. Aprendí a admirarte y a quererte desde entonces, porque me trajiste un hermoso y perenne regalo. La admiración es una forma del amor, Virginia.

Hoy no tenemos tiempo de charlar. Lo sé, estás ocupada. Pero pronto dejaremos atrás esta monserga del tiempo y nos sentaremos a contarnos cómo nos va. Entonces te abrazaré con todas las fuerzas de mi corazón y te diré más, mucho más de lo que eres y siempre serás, Virginia.

Te quiere,
Porfirio
11 de diciembre y 2010